

Soy cual la mujer al hombre....
Conde Augusto de Platen Hallermünde.

Si el Conde quiere—bailar un poco
Decirlo puede,
Yo tocaré.

Figaro.

AL POETA

CARLOS IMMERMANN

*dedica estas páginas, en prueba de su más
cariñoso respeto, el autor.*

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

CAPÍTULO I.

Al entrar yo en el cuarto de Matilde, acababa ésta de abrochar el último botón de su amazona verde, é iba precisamente á ponerse un sombrero con plumas blancas; pero así que me vió, le arrojó bruscamente lejos de sí, y, dejando flotar su dorada cabellera, se precipitó á mi encuentro.

—¡Doctor del cielo y de la tierra!—exclamó—y, siguiendo su antigua costumbre, me asió de ambas orejas y me besó con la más cómica cordialidad.

—¿Cómo le va al más loco de los mortales? ¡Qué dichosa soy en volverle á ver! pues en ningún rincón de este vasto mundo podría encontrar un hombre más loco. Necios é imbéciles existen bastantes, y hasta se les hace el honor de tenerlos por locos; pero la verdadera locura es tan rara como la verdadera sabiduría, pues acaso no es otra cosa que la sabiduría hastiada, que lo sabe todo, todas las infamias de este mundo, y por lo mismo ha tomado la sabia resolución de volverse loca. Los orientales son gentes de talento, pues veneran á un loco como á un profeta, mas nosotros tenemos á todos los profetas por locos.

—Pero *milady*, ¿por qué no me ha escrito usted?

—Créame doctor, le he escrito una larga carta, en cuyo sobre anoté: «Para entregar en New-Becllam.» Pero usted, contra toda previsión, no estaba allí; se envió la carta á St.-Luce, y tampoco estaba; se le envió después á otro establecimiento análogo; se le hizo dar la vuelta por todas las casas de locos de Inglaterra, Escocia é Irlanda, hasta que me la remitieron con esta observación: «El *gentleman* que indica el sobre aún no ha sido encerrado.» Y, en efecto, ¿cómo se ha arreglado usted para andar suelto todavía?

—He obrado sagazmente, *milady*. Por doquiera fui supe evitar las casas de locos, y creo lograré hacerlo también en Italia.

—¡Oh, amigo mío! aquí está usted completamente seguro, primero, porque no hay por aquí cerca casa de locos, y, segundo, porque aquí estamos en mayoría.

—¿Usted, *milady*? ¿Usted se cuenta también entre los nuestros? Permitame que imprima en su frente un ósculo fraternal.

—¡Ah! quiero decir, nosotros los bañistas, entre los que verdaderamente soy aún la más razonable. Fácilmente podrá formarse idea de la más loca, por ejemplo, de Julia Maxfield, que afirma constantemente que los ojos verdes significan la primavera del alma. Después aun tenemos dos jóvenes beldades.....

—Seguramente beldades inglesas, *milady*.

—Doctor, ¿qué significa ese tono burlesco? De tan buen gusto encontrará usted estos rostros llenos y páli-

dos de *macaroni* de Italia, que no le produzcan efecto alguno ya los británicos.....

—*Plumpuddins* (1) con ojos de uva, senos de *roast-beef* (2) festoneados con bandas de blancos rábanos (3), pasteles orgullosos.....

—Hubo un tiempo, doctor, en que usted se entusiasmaba siempre que veía una bella inglesa.....

—¡Si, eso era en otro tiempo! Todavía estoy dispuesto á rendir homenaje á sus compatriotas; son bellas como soles, pero soles de hielo; son blancas como el mármol, pero como el mármol frías..... Sobre sus yertos corazones se hielan los pobres animalitos..... (4).

—¡Oh! yo conozco uno que todavía no se ha helado, y fresco y saludable se arrojó al mar; y era un gran alemán, impertinente.....

—Por lo menos se enfrió de tal modo al hielo de los corazones ingleses, que hoy todavía está constipado.

Milady pareció picarse ante esta réplica, cogió el latiguillo, que estaba entre las hojas de una novela, á guisa de señal, le restalló en torno de las orejas de su blanco perro de caza que gruñó sordamente, levantó con viveza su sombrero del suelo, le colocó gallardamente sobre su rizada cabellera, se miró un par de veces con satisfacción

(1) Pastas de ciruela.

(2) Vaca asada.

(3) El original, dice *Merretting* (rábanos de mar), la versión francesa *raifort* (rábano silvestre).

(4) La versión francesa añade: *animalitos de color de pulga*.

al espejo (1) y dijo con orgullo: ¡Todavía soy bella! Mas, de pronto, como penetrada por sombrío y doloroso sentimiento, se quedó pensativa (2), despojó su mano del blanco guante, me la tendió, y, sorprendiendo mi pensamiento con la rapidez de una flecha (3), dijo:

—¿No es verdad que esta mano no es ya tan bella como en Ramsgate? ¡Matilde ha sufrido mucho desde entonces!

Querido lector, rara vez puede verse en qué sitio se le ha hecho una raja á la campana, y sólo por el sonido se advierte que la tiene. Si hubieras oído el tono de voz con que las anteriores palabras fueron pronunciadas, supieras también que el corazón de *milady* es una campana del mejor metal, pero que una secreta hendidura apagó de un modo extraño sus más alegres tonos, eilándolos al propio tiempo con misteriosa tristeza. Sin embargo, gusto de semejantes campanas, siempre hallan eco simpático en mi propio pecho, y besé la mano de *milady*, casi con más ternura que en otros días, aunque estaba menos lozana, y algunas venas, demasiado azules y abultadas, parecían decirme también:—«Matilde ha sufrido mucho desde entonces.»

Contempláronme sus ojos cual melancólicas y soli-

(1) La versión francesa dice: *varias veces*, pero en cambio suprime, *con satisfacción*.

(2) La versión francesa suprime *sombrio*, y *se quedó pensativa*.

(3) La versión francesa dice: *como un relámpago*.

tarias estrellas en un cielo de otoño, y con tierna intimidad me dijo:

—¡Parece que me quiere usted menos, doctor! Tan sólo de compasión, casi de limosna, es la lágrima que ha vertido usted en mi mano!

—¿Quién le manda á usted interpretar de un modo tan mezquino el mudo lenguaje de mis lágrimas? Apuesto á que el blanco lebel, que ahora está pegado á usted, me comprende mejor; me mira y luego la mira, parece admirarse de que los hombres, los orgullosos dueños de la creación sean tan íntima y profundamente desgraciados. ¡Ay, *milady*, solamente los dolores análogos á los nuestros nos arrancan lágrimas, pues cada uno llora por sí propio!

—¡Basta, basta, doctor! Al menos bien es que seamos contemporáneos y nos hayamos encontrado en el mismo rincón de la tierra con nuestras necias lágrimas. ¡Ah, qué desgracia, si acaso usted hubiera vivido dos siglos antes, como me ha ocurrido con mi amigo Miguel de Cervantes Saavedra, ó bien si hubiera venido al mundo un siglo después que yo, como algún otro íntimo amigo mío, cuyo nombre ignoro, precisamente porque no le tendrá hasta que no nazca, allá por el año de 1900! Pero cuénteme usted, ¿cuál ha sido su vida desde que dejamos de vernos?

—He continuado en mi ordinaria ocupación, *milady*; he seguido rodando la gran piedra. Cuando la había subido hasta la mitad de la altura de la montaña, rodábase de pronto hasta abajo, y me era preciso tratar

de subirla nuevamente..... y este voltear montaña arriba y montaña abajo se repitió durante tanto tiempo, que al fin acabé por quedar bajo la gran piedra, y el maestro lapidario escribió sobre ella: «Aquí yace en Dios.....»

—¡Por vida de..... (1), doctor, aun no le he dejado descansar..... ¡Ea, no esté usted melancólico! Ría usted, ó yo.....

—¡No; no me haga cosquillas! prefiero reirme de mí mismo.

—Perfectamente. Me agrada usted tanto como en Ramsgate, donde nos aproximamos por vez primera.....

—Y al fin vamos aproximándonos cada vez más (2). Sí; quiero estar alegre. Bueno es que hayamos vuelto á encontrarnos, y el gran alemán..... tendría de nuevo un placer en arriesgar por usted su vida.

Los ojos de *milady* sonrieron como el rayo del sol después de un ligero chubasco, y volvía de nuevo á relampaguear su buen humor, cuando entró John, y en la más exquisita jerga lacayesca anunció á Su Excelencia *il Marchese Cristoforo di Gumpelino*.

—¡Bien venido sea! Y usted, doctor, va á conocer á un *par* de nuestro reino de locos. No le choque á usted su exterior, y sobre todo su nariz. Es hombre que posee excelentes cualidades, por ejemplo, mucho dinero, entendimiento sano, y el afán de reunir en sí todas las

(1) La versión francesa dice: *¡Corpo di Bacco!* Pero el original sólo dice: *Bei Leibe*.

(2) La versión francesa dice: *Esa fué, es verdad, nuestra primer aproximación.*

excentricidades de la época; además está enamorado de mi amiga la de los ojos verdes, de Julia Maxfield; le llama su Julieta, y él se llama su Romeo; declama y suspira, y Lord Maxfield, el cuñado, á quien ha confiado su esposo la fiel Julia, es un Argos.....

Ya iba yo á hacer la observación de que Argos guardaba una vaca, cuando se abrió la puerta de par en par, y con gran asombro mío entró balanceándose mi antiguo amigo el banquero Cristián Gumpel, con su sonrisa de satisfacción y su bienaventurado (1) abdomen. Cuando hubo refregado suficientemente sus gruesos y lucientes labios contra la mano de *milady*, y tartamudeado las preguntas sanitarias de rigor, me reconoció, y los amigos se arrojaron uno en brazos del otro.

(1) La versión francesa sólo dice: *grueso*, pero el original consigna *gottgefälligen* (agradable á Dios).

CAPÍTULO II.

La advertencia de Matilde de que no fuera á chocarme la nariz de este hombre, era completamente fundada, pues poco faltó, en efecto, para que me saltara un ojo con ella.

No voy á hablar mal de esta nariz; al contrario, tenía la más noble de las formas, y precisamente ella autorizaba á mi amigo, por lo menos, á decorarse con un título de marqués. Podía, por su nariz, verse, en efecto, que pertenecía á la buena nobleza, que descendía de una familia tan antigua como el mundo, con la que un tiempo emparentara el mismo Dios, sin temor de hacer una mala alianza.

Cierto es que desde entonces esta familia ha venido algo á menos, hasta el punto de que casi desde la época de Carlo-Magno ha tenido que ganarse la subsistencia comerciando en calzones viejos y con los billetes de la lotería de Hamburgo, sin que por esto haya renunciado á su altivo abolengo ni perdido nunca la esperanza de recobrar sus bienes ó de recibir al menos una cuantiosa indemnización de los emigrantes, cuando su antiguo y legítimo soberano lleve á cabo su prometida restaura-

ción, promesa con que hace ya dos siglos les pasea de la nariz por el mundo.

¿No se les habrá acaso alargado la nariz á causa de este dilatadísimo paseo asidos de dicha parte? ¿O serán estas largas narices una especie de uniforme (1), mediante el cual reconoce Jehovah, el Dios-Rey (2), á sus antiguos guardias de *Corps* hasta cuando han desertado?

El marqués *Gumpelino* era uno de estos desertores, pero llevaba siempre su uniforme, que era muy brillante, sembrado de pequeñas cruces y estrellitas de rubies, toda una orden del Aguila Roja en miniatura y otras condecoraciones.

—Vea usted—dijo *milady*—esa es mi nariz favorita; no conozco flor más bella en la tierra.

—Esta flor—dijo *Gumpelino*, alargando desmesuradamente la boca para sonreír (3)—no puedo colocarla en su hermoso seno, sin poner con ella mi rubicundo semblante, y este aditamento le sería acaso algo molesto, dado el calor que hace hoy.

Al pronunciar estas palabras abrió el Marqués un currucho de papel que consigo traía, y con prolijos cuidados sacó de él un admirable tulipán.

Apenas vió *milady* la flor, gritó con todas sus fuer-

(1) La versión francesa dice *uniforme nasal*.

(2) La versión francesa dice, en vez de Jehovah, el Dios-Rey, *el dios* (sic) *Rey de Israel*.

(3) La versión francesa sólo dice: *dijo Gumpelino*, y suprime la voz *schmunzlächelte*, de *schmunz*; derivado de *mund* (boca) y *lächelte*, de *lachen* (sonreír).

zas:—¡Asesino! ¡asesino! ¿Usted quiere asesinarme? ¡Lejos, lejos de mi con ese horrible espectáculo!

Se agitó como si fueran á matarla; se cubrió el rostro con las manos; maldijo á *Gumpelino* y su tulipán; golpeó el suelo con el pie; golpeó al perro con el latiguillo, haciéndole aullar con fuerza, y cuando se presentó John, exclamó como Kean cuando hace de rey Ricardo (1):

¡Un corcel, un corcel, y ahí va mi reino! (2)

Y se precipitó como un torbellino fuera de la estancia.

—Curiosa mujer—dijo *Gumpelino*, inmóvil de asombro y siempre con el tulipán en la mano, lo que le hacía parecerse á uno de aquellos ídolos que se ven en los antiguos monumentos indios (3) con la flor del loto en

(1) La versión francesa dice: *como Kean en Ricardo III*.

(2) *Shakespeare*.—*King Richard III*, acto v, escena iv.
El texto alemán dice:

*Ein Pferd! ein Pferd!
Ein Königthum für ein Pferd!*

Cuya traducción sería:

¡Un corcel! ¡un corcel!
¡Un reino por un corcel!

Pero el original inglés dice:

«*A horse! ja horse! my kingdom for a horse.*»

que es lo traducido arriba, cual corresponde, en un endecasílabo.

(3) La versión francesa dice: *del Egipto*.

la mano. Pero yo que conocía mejor á la dama, y su idiosincrasia, me divertí sobre manera con esta comedia; abrí la ventana, y exclamé:—*Milady!* ¿qué debo pensar de usted? ¿Es esto cordura, conveniencia.....; sobre todo, es esto amor? (1)

Entonces se echó á reir, dándome esta extraña respuesta:

—Cuando á caballo esté, podré jurarte:
¡Mi amor es infinito!

(1) La versión francesa ofrece en la segunda mitad de este párrafo variantes y adiciones; dice así:

«En cuanto á mí, conocía la aversión de la dama por los tulipanes; idiosincrasia ignorada por el Marqués, quien se imaginaba obtener mejor éxito enviándole más tarde la flor con un criado. Cuesta mucho—decía—para no obligar á *milady* á que la acepte. Por más que la escena me hubiese divertido sobremanera, abrí la ventana y exclamé:—*Milady!* ¿qué debo pensar de usted? ¿Es esto razón, conveniencia; sobre todo, es esto amistad?»

CAPÍTULO III.

—¡Curiosa señora!—repetía Gumpelino, al paso que íbamos á visitar á sus dos amigas *signora Letizia* y *signora Francesca*, á las cuales quería presentarme. Pero la vivienda de estas señoras se hallaba situada en una eminencia algo lejana, y yo sentía tanto más reconocimiento por la bondad de mi corpulento amigo, cuanto que hallaba algo fatigosa la subida de la montaña, y en cada colina se detenía á tomar aliento y suspiraba un ¡Jesús!

En los baños de Lucca están situadas las casas, bien allá abajo, en una aldea rodeada de montañas, ó bien sobre esta montaña, no lejos del manantial principal, desde donde se divisa, abajo, en un valle encantador, un pintoresco grupo de ellas. Pero también hay algunas aisladas y esparcidas por los declives, á las que hay que trepar penosamente por entre viñas, mirtos, hojas de cabra, laureles, olivos, geráneos y otras distinguidas plantas y flores que forman un paraíso silvestre.

Jamás vi un valle más encantador, sobre todo cuando se mira hacia la aldea desde la terraza del baño superior, donde se elevan los cipreses de un verde sombrío. Desde

allí se ve el puente que salva un riachuelo llamado Lima, que dividiendo la aldea en dos partes, se precipita por los dos extremos en regulares cascadas sobre los fragmentos de roca, y promueve tal estruendo, como si quisiera decir las más agradables cosas y supiera que no había de dominar con su palabra la múltiple charla del eco.

Pero el principal encanto de este valle consiste seguramente en la circunstancia de no ser demasiado grande ni demasiado pequeño; en que el alma del espectador no se siente violentamente dilatada, sino más bien equilibrada ante su magnífico aspecto; en que las mismas cimas de las montañas, como los Apeninos, sobre todo, no ofrecen extrañas, góticas y pronunciadas deformidades, como las caricaturas de montañas, que así como caricaturas de hombres, se encuentran en los países germánicos, sino que sus formas noblemente redondeadas, alegres y cubiertas de verdura, casi manifiestan una civilización artística, y hasta armonizan melódicamente con el cielo de un azul claro.

—¡Jesús!—gimió Gumpelino—cuando ya algo sofocados á causa de lo penoso de la subida y el sol de la mañana, llegamos á la precipitada altura de los cipreses, y al mirar hacia la aldea, vimos á nuestra inglesa amiga, erguida sobre su corcel, como la romántica aparición de una conseja, atravesar á galope el puente y desaparecer como fugaz ensueño.

—¡Jesús! ¡qué curiosa señora!—repitió varias veces el Marqués.—Jamás he encontrado en la vida ordinaria

una señora semejante. Sólo se las encuentra en las comedias, y creo que la Holzbecher, por ejemplo, representaría bien este papel. Tiene algo de ordinaria. ¿Qué piensa usted?

—Pienso que tiene usted razón, Gumpelino. Cuando fui con ella de Lóndres á Rotterdam, dijo el capitán del buque que parecía una rosa espolvoreada con pimienta. Pues para darle gracias por esta picante comparación, así que le halló dormido en el camarote, le arrojó en la cabeza todo un tarro de pimienta, y no podía uno acercarse al pobre hombre sin estornudar.

—¡Curiosa señora!—volvió á decir Gumpelino.—Tan delicada como la seda blanca, y al mismo tiempo tan fuerte; monta á caballo tan bien como yo. ¡Con tal que no dé al traste con su salud! ¿No ha visto usted al inglés alto y flaco que sobre su escuálida bestia corría en pos de ella como una tisis (1) galopante? Ese pueblo monta por pasión, daría todo el dinero del mundo por un caballo. El blanco, de *Lady Maxfield*, cuesta trescientos luises de oro contantes y sonantes, ¡ay! y los luises de oro están muy caros y subirán todos los días.

—Sí, los luises de oro van á subir tanto, que un pobre letrado como yo no va á poder alcanzarlos.

—No puede usted formarse idea, señor doctor, del dinero que tengo que gastar, y eso que me contento con un solo criado, y solamente cuando estoy en Roma tengo

(1) La versión francesa dice indebidamente: *pulmonia*, que no es la traducción del *schwindsucht* del original.

un capellán para mi oratorio particular. Vea usted, ahí viene mi Jacinto.

La figurilla que hizo su aparición á la revuelta de una colina, merecía más bien el nombre de lirio rojo. Érase un amplio y flotante traje escarlata, recargado de galones de oro, que brillaba á los rayos del sol, y de toda esta roja pompa salía una sudorosa cabecita, que me saludó muy familiarmente. Y en verdad que cuando contemplé más de cerca aquella pálida y acuitada carilla y aquellos ojos inquietos y afanosos, reconocí á alguien á quien hubiera esperado encontrar más bien en el monte Sinaí que en los Apeninos, y que no era otro que el señor Hirsch, ciudadano amparado de Hamburgo, hombre que no se había reducido á ser un honrado expendedor de billetes de lotería, sino que entendía también de callos y de joyas, de manera que no solamente sabe distinguir los primeros de las últimas, sino también cortar habilísimamente los ojos de gallo y tasar con la mayor exactitud las joyas.

—Bien puedo esperar—dijo, cuando llegó cerca de mí—que me reconozca usted aún, aunque ya no me llame Hirsch. Ahora me llamo Jacinto, y soy el ayuda de cámara del Sr. Gumpel.

—¡Jacinto!—exclamó éste, lleno de asombro y cólera por la indiscreción del criado.

—Tranquílcese usted, señor Gumpel ó señor Gumpelino, ó señor Marqués, ó Su Excelencia, no tenemos necesidad de molestarnos en presencia de este señor; él me conoce, me ha tomado muchos billetes, y hasta pu-

diera jurar que me debe todavía de la última extracción siete marcos y nueve chelines..... Me alegro en verdad, de volverle á ver, señor doctor. ¿Tiene usted también por aquí asuntos de placer? ¿Qué otra cosa ha de hacerse aquí, con este calor, y donde además hay que andar subiendo y bajando montañas? Estoy más cansado por la tarde que si hubiera dado veinte carreras desde la puerta de Altona á la de Steinthor, sin haber sacado ningún provecho.

—¡Jesús!—exclamó el Marqués,—¡calla, calla! Tengo que procurarme otro criado.

—¿Por qué callar?—replicó Hirsch.—Aun me gusta, cuando puedo, hablar en buen alemán con alguna cara que algún día viera en Hamburgo, y pienso en Hamburgo.....

Aquí al recuerdo de su pequeña y madrastra patria brillaron algunas lágrimas en los ojillos del buen hombre, que dijo suspirando:

—¡Esto es el hombre! Va uno tan contento paseando por la puerta de Altona, en la montaña de Hamburgo (1) y ve allí mil curiosidades, los leones, las aves, los papagayos, los monos, los hombres extraordinarios, se hace uno llevar en *carrousel* ó electrizar, y entonces piensa uno: ¡De buena gana estaría yo ahora á doscientas leguas de Hamburgo, en el país donde crecen los limoneros y los naranjos, en Italia! ¡Esto es el hombre! ¡Está en la puerta de Altona y desea estar en Italia,

(1) La versión francesa dice: *por la puerta de Altona.*

se encuentra en Italia y quisiera verse otra vez en la puerta de Altona! ¡Ah! si me encontrara de nuevo allí, y viera otra vez la torre de San Miguel, y en su parte alta el reloj con su esfera cubierta de grandes cifras de oro, grandes cifras que, con frecuencia, contemplaba yo después de mediodía, cuando brillaban alegremente al sol.....; muchas veces hubiera querido besarlas! ¡Ay! Ahora estoy en Italia, donde crecen los naranjos y limoneros; pero cuando veo madurarse las naranjas y los limones, pienso en el *Steinweg* (1) de Hamburgo, donde los hay á carretadas, cómodamente dispuestos, y donde sin esfuerzo se les puede tomar, sin verse precisado á trepar á tantos lugares peligrosos de la montaña, ni á soportar un calor tan sofocante. Así Dios me ayude, señor Marqués, que si no fuera por el honor y por la educación, no le hubiera yo seguido hasta aquí. Pero no puedo menos de convenir con usted, en que á su lado se honra uno y educa.

—Jacinto—dijo en este punto Gumpelino, que gracias á esta adulación, se habia dulcificado algo.—Jacinto, ve al punto á casa.....

—Ya sé á.....

—No sabes nada, Jacinto, yo te lo digo.

—Pues yo digo á usted, señor Gumpel, que sé que Vuestra Excelencia me envía ahora á casa de *Lady Maxfield*. No necesito saber más. Leo sus pensamientos, y hasta lo que aún no ha pensado, y quizá no pensará

(1) *Camino de piedra ó empedrado.*

en los días de su vida. No encontrará usted fácilmente un criado como yo....., y yo lo soy por el honor y por la educación, porque es lo cierto que al lado de usted se honra y se educa uno.

Pronunciadas estas palabras se limpió la nariz con un blanquísimo pañuelo.

—Jacinto—dijo el Marqués—vete ahora á casa de *Lady Julia Maxfield*, á casa de mi Julieta, y llévale este tulipán. Cuidale, porque cuesta cinco *paoli*..... (1) y dile.....

—Ya sé.....

—Te digo que no sabes nada: El tulipán es entre las flores.....

—Ya sé, usted quiere decirle algo por medio de la flor. Yo mismo he adoptado también, en mis recibos de muchos billetes de lotería, una divisa.....

—Te digo, Jacinto, que no se trata de tus divisas. Lleva esta flor á *Lady Maxfield*, y dile:

El tulipán es entre las flores
Lo que entre los quesos el *strachino*;
¡Aun más que á flores y quesos,
Adórate Gumpelino! (2)

(1) Moneda de plata de Toscana, que vale la décima parte de un *francescone*, y como este vale 5 francos 61 céntimos, aquel viene á equivaler á nuestra media peseta.

(2) Los cuatro versos son trasunto fidelísimo en palabras y faltas rítmicas de los cuatro del original, como el autor los hizo ú oyó al banquero enamorado.

—Tan seguramente Dios me conceda todos sus dones, como que eso está bien—exclamó Jacinto.—No me haga usted señas, señor Marqués; lo que usted sabe lo sé yo, y lo que sé yo lo sabe usted. ¡Y á usted, señor doctor, que le vaya bien! No volveré á recordarle aquella bagatela.

—Dichas estas palabras volvió á descender de la colina, murmurando continuamente: Gumpelino, *strachino*..... *strachino*, Gumpelino.....

—Es un hombre adicto—dijo el Marqués—á no ser así, tiempo hace que le hubiera despedido, á causa de su falta de etiqueta. Delante de usted nada me importa, usted me entiende. ¿Qué le parece su librea? Tiene por valor de cuarenta *thalers* de galón más que las libreas de los criados de Rothschild. Tengo la satisfacción interior de que ese hombre se perfecciona á mi lado. De cuando en cuando le doy yo mismo lecciones instructivas. Le digo con frecuencia: ¿Qué es el dinero? El dinero es redondo y pronto rueda, pero la instrucción se queda. Sí, señor doctor, si yo, lo que Dios no quiera, llego á perder mi dinero, continuaré siendo un gran inteligente en arte, conocedor de la pintura, música y poesía. Puede usted vendarme los ojos y pasearme por la galería de Florencia, y diré á usted el nombre del pintor, ó al menos la escuela á que pertenece cada uno de los cuadros ante que usted me ponga. ¿Y en música? Tápeme usted los oídos y percibiré todas las notas falsas. ¿Y en poesía? Conozco á todas las comediantas de Alemania, y sé de memoria todos los poetas. ¿Y en la Naturaleza? He

viajado doscientas leguas, caminando día y noche, para ver en Escocia una sola montaña. Pero Italia es superior á todo. ¿Qué le parece á usted este paisaje? ¿Qué creación! Vea usted los árboles, las montañas, el cielo, y el agua allá abajo..... ¿no está todo como pintado? ¿Ha visto usted nunca cosa más bella en el teatro? ¿Se hace uno poeta, por decirlo así! Se le vienen á uno á la mente los versos (1), sin saber de donde:

En silencio, so el velo del crepúsculo
Yace el campo, del bosque la voz muere;
Aquí tan sólo entre los muros viejos
Un grillo triste su chirrido emprende.

Declamó el Marqués estas sublimes palabras con un verdadero desbordamiento de emoción, en tanto que como transfigurado, contemplaba el riente valle iluminado por la luz de la mañana (2).

(1) En la versión francesa faltan las últimas palabras.

(2) La versión francesa dice: *dirigiendo miradas elegiacas al riente valle*, etc. Pero en el original no hay *elegische*, sino *verklärt* aplicado á la persona, no á sus miradas.

CAPÍTULO IV.

Una hermosa mañana de primavera que me fui á pasear bajo los tilos en Berlín, iban delante de mí dos mujeres, largo rato calladas, hasta que por fin una de ellas suspiró lánguidamente: ¡Ah! la verdura de los árboles! A lo que la otra, que era una muchacha joven, preguntó con inocente admiración:—¿Qué le importa á usted, madre, la verdura de los árboles?

No pude menos de observar que ambas personas no iban seguramente vestidas de seda, no obstante lo cual no pertenecían en modo alguno al populacho, porque, ante todo, no le hay en Berlín, á no ser en las más altas clases. Mas por lo que respecta á la inocente pregunta en sí, no se aparta jamás de mi memoria. Doquiera sorprendo un falso sentimiento de la Naturaleza, una verde mentira cruza por mi mente sonriendo con regocijo (1). Al escuchar la declamación del Marqués, la sentí reír en mi interior, y al adivinar la burla en mis labios exclamó éste incomodado:

(1) En el original, en la forma vulgar berlinesa: *¡Ah, die grüne Bemeer!* en vez de *¡Ah, die grüne Bäume!* que sería lo correcto.

—No me perturbe usted. No tiene usted el sentimiento de la pura naturalidad. Es usted un hombre desgarrado, una sensibilidad desgarrada, por decirlo así, un Byron.

¿Pertenece acaso, querido lector, á esas piadosas aves, que por ahí corean la canción de lo desgarrador de Byron, que me la han piado y gorjeado en todos los tonos en el transcurso de diez años, de modo que hasta en el meollo del Marqués, según acabas de oír, había encontrado eco?

¡Ah, lector querido!, si quieres quejarte de lo desgarrador, quéjate más bien de que el mundo mismo se haya desgarrado por medio. Puesto que el corazón del poeta es el centro del mundo, ha tenido que desgarrarse dolorosamente en nuestros actuales tiempos. El que se gloria de que su corazón permanece entero, confiesa tan sólo que tiene un corazón prosaico y metido en su rincón. Atravesó el mío el gran desgarrón del mundo, y precisamente por esto sé que los grandes dioses me han favorecido con preferencia á otros muchos, y me han considerado digno del martirio de poeta.

En otro tiempo el mundo estaba entero, así en la antigüedad como en la Edad Media; á despecho de las querellas exteriores, seguía existiendo la unidad del mundo, y había poetas completos. Honremos á estos poetas y regocijémonos con ellos; pero toda imitación de su integridad es una mentira, una mentira que ve todo el que tiene ojos, y que no se libra del ridículo. Últimamente, acabo de porcurarme, con mucho trabajo en Ber-

lín, las poesías de uno de esos poetas completos que tanto se han lamentado de mi desgarramiento byroniano, y entre mentidos verdores, tiernos sentimientos de la Naturaleza, que á veces me olían ya á heno fresco; mi pobre corazón, tanto tiempo há desgarrado, á poco si muere de risa, y hube de exclamar involuntariamente:

—Mi querido señor consejero de la Intendencia, Wilhelm Neumann, ¿qué le importa á usted la verdura de los árboles?

—Usted es un hombre desgarrado, es decir, un Byron—repitió el Marqués, mirando siempre, como transfigurado, al valle, y haciendo chasquear á veces su lengua contra el paladar en señal de piadosa admiración:

—¡Dios! ¡Dios! ¡Todo esto parece pintado!

¡Pobre Byron! ¡qué goces te han sido negados! ¡Estaba tu corazón tan corrompido, que sólo pudieras ver la Naturaleza, retratarla, pero que no pudiera hacerte feliz? ¡O acaso tiene razón Byshe Schelley, cuando dice que la sorprendiste en su casta desnudez y por esto fuiste destrozado por sus perros, como Acteon!

Pero dejemos este asunto; pasemos á otro mejor, esto es, á la morada de las señoras *Letizia* y *Francesca*, pequeño y blanco edificio, que parece estar aún en bata de mañana, que tiene en su frente dos ventanas redondas, ante las cuales deja caer una crecida parra sus largos pámpanos, cual si cayera verde cabellera de profusos rizos sobre los ojos de la casa. Apenas llegados á la puerta escuchamos una confusión de sonidos, trinos ondulantes, acordes de guitarra y risotadas.

La signora Letizia, fresca rosa de cincuenta años, estaba en el lecho trinando y charlando con sus dos galanes, de los cuales el uno estaba sentado ante ella en un escabel bajo, y el otro, extendido en un gran sillón, punteaba la guitarra. En la cámara vecina hendían el aire de tiempo en tiempo también los giros de una dulce canción ó los de una carcajada aún más deliciosa.

Con cierta ironía superficial, que el Marqués adoptaba algunas veces, me presentó á la signora y á los dos caballeros, haciéndoles saber que yo era el mismo Juan Enrique Heine, doctor en Derecho, entonces célebre en la literatura jurídica alemana. Por desgracia, uno de aquellos señores era profesor de Bolonia, y precisamente juriconsulto, aunque su abultado y redondo abdomen más bien apreciaba calificarle de una figura de trigonometría esférica (1).

Aunque con cierto embarazo, hice la observación de que no escribía bajo mi propio nombre, sino bajo el

(1) La versión francesa, dice: aunque según su andar desmazalado y su muelle y redondeado abdomen, se le hubiera podido tomar más bien por un canónigo.